

El cantar del arriero

JESUS
ZARCO
CALCERRADA

EL más acentuado recuerdo que tengo de este alcazareño, es como enfermo ya de la parálisis que terminó con sus días después de tenerlo en la cama cerca de dos años seguidos. Le cogió en el Pretil, lo llevaron a su casa, lo metieron en la cama, por primera y última vez en su vida, sobre los sesenta años de edad y ya no salió más a la calle. ¡Sesenta años! ¡Para entonces, más viejo que Matusalén!

Parecerá una rareza y lo es que Jesús no se acostara en la cama hasta entonces, pero esa rareza no era única ni exclusiva de él; la tenían todos los arrieros que, si bien resultaron influidos en su personalidad y en sus costumbres por los aires de fuera, en el fondo todos fueron apegados acérrimamente a sus maneras y ellas su verdadero cantar o demostración de sus cualidades.

Dentro de ese denominador común, lo acérrimo destacaba más en unos que en otros, sin que pueda decirse que en Alcázar,—pese a su ecuanimidad,—nadie estuviera libre de la testarudez y Jesús, que fué de los de mayor tesón en todos los rasgos de su vida, tuvo, hasta en lo de quedarse mozo, uno de los matices de ese carácter.

Sus padres también fueron trajinantes y tuvo varios hermanos: Francisco, el padre de los corredores esos altos de la blusa azul; la Jesusa, que se casó con Valentín Perra; la Irene, madre de la María Paz, que lo cuidó; Paula, la mujer de Dionisio Beamud; Eusebia, la de Vidal Muñoz; la María, que se casó con Tizonas en el segundo matrimonio de este, y la Francisquilla, la sastra, que se casó con Ruperto Ojos de Rana, el zapatero.

El padre, León, murió en Munera, yendo de viaje. Entre el padre y los dos chicos llevaban catorce borricos siempre cargados y ellos andando detrás. Uno que le decían el «Aldeano» era el guía de la recua. De ida llevaban jabón y de vuelta lo que se podía. Al princi-

pio lo acompañaba la mujer en los viajes. Iban andando a la Vera y traían castañas. Como pasaban tantas fatigas, cuando iban las vecinas a que les diera para probarlas, les decía la Antonia:

«La que quiera castañas
vaya a la Vera.
Que cuesta mucho trabajo
el ir por ellas».

Los antecedentes de Jesús son de los de la más pura arriería, de aquella que



El interés de esta fotografía, aparte de recordarnos a Jesús Zarco, es demostrar la vestimenta de los antiguos arrieros alcazareños, que nadie podría suponer y que se debió a la influencia de las costumbres de la Andalucía Alta, que ellos recorrían de continuo, antes y después del tren. Y así, la Plaza de Alcázar, estuvo llena, muchos años, de sombreros calañeses, chalecos abiertos, ropilla más bien ligera y recortada, fajas andaluzas y tirillas cortas en los camisones: los Olivas, los Quinicas, los Campos, los Fuentes, los Angoras, los Vaqueros, los Escobares, los Zarcos, los Carreños, los Cornetas y otros que, sin salir de aquí, asimilaban sus costumbres, le dieron a nuestra Plaza un aire exótico en su época y, justo es decirlo todo, un tono de formalidad y exactitud en el cumplimiento de las funciones contractuales que, sin necesidad de escrituras, tuvieron siempre aquella fuerza insuperable de la palabra dada, muy por encima de la de cualquier ley escrita, porque el hacerse atrás de lo dicho era motivo de repulsa general y bochorno permanente del faltón, en el que nadie confiaba ya.